



Pistas para seguir caminando en nuestra Diócesis

- ▶ Propuestas de trabajo de la Asamblea Diocesana (2016)
- ▶ Conclusiones de la fase diocesana del Sínodo (Salamanca)
- ▶ Conclusiones de la fase nacional del Sínodo

Para vivir nuestra Asamblea diocesana...

Al soplo del Espíritu Santo¹

“En aquellos días, la mano del Señor se posó sobre mí, y con su Espíritu el Señor me sacó y me colocó en medio de un valle todo lleno de huesos. Me hizo dar vueltas y vueltas en torno a ellos: eran innumerables sobre la superficie del valle y estaban completamente secos. Me preguntó: hombre mortal, ¿podrán revivir estos huesos? Yo respondí: Señor, tú lo sabes. Él me dijo: pronuncia un oráculo sobre estos huesos y diles: ¡huesos secos, escuchad la Palabra del Señor! Así dice el Señor a estos huesos: Yo mismo traeré sobre vosotros Espíritu y viviréis... Y sabréis que yo soy el Señor” (Ez 37,1-6).

“El Señor Dios, modeló al hombre de arcilla del suelo y sopló en su nariz un espíritu de vida” (Gen 2,7).

“[Jesús resucitado] sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo” (Jn 20,22).

PORTICO²: Volver a las huellas de Jesús. “Él va delante de vosotros...” (Mc 16,7). Pasarse a sus huellas, en la forma de confesión y aclamación, desde su Pascua. Este Prólogo de las Orientaciones tiene un componente pascual. El Señor va delante de nosotros, como Cabeza en su Iglesia y Señor del Universo. Es recordar el anuncio del Ángel en la mañana de la Resurrección: “Id a Galilea, allí le veréis” (Mc 16,7).

I. MIRADA EVANGÉLICA A NUESTRA DIÓCESIS

Llamadas a nuestra Iglesia diocesana³:

- Un enamoramiento espiritual, volver al “amor primero” (Ap 2,4).
- Una conversión espiritual para vivir con el fuego del Espíritu Santo. Todos unidos, en comunión: un mismo Espíritu nos une. ¿Cada uno en su barca o navegamos todos en una misma barca?
- La gracia del desierto espiritual. Es tiempo pastoral de una “fe suplicada” al Señor, como don, regalo suyo para el hombre de hoy. No olvidando la fecundidad de la Cruz gloriosa, que nos llena de esperanza pascual. Acogiendo los nuevos brotes para soñar una conversión pastoral.

¹ Lo que ofrecemos es un Esquema de “DIOCESIS DE SALAMANCA. Orientaciones de la Asamblea diocesana, Salamanca a 8 de octubre 2016”. Puede servir para su estudio, explicación y divulgación.

² Cf. Orientaciones, Pórtico, pp. 19-25.

³ Orientaciones, I. Mirada evangélica a nuestra Diócesis, pp. 25-37.

- Es tiempo de *construir*. Ser “*audaces y creativos en la tarea de repensar los objetivos, las estructuras..., y los métodos*” (EvGa 33). La “*conversión pastoral... pide una reforma de estructuras... para que se vuelvan más misioneras*” (EvGa 27).

Nuestra Iglesia diocesana de Salamanca, con la Asamblea diocesana, ha vivido un impulso pascual que la alienta. En este momento, toda ella, en sus personas, miembros e instituciones, está llamada a avanzar con sus fortalezas y gloriarse en sus debilidades, pues encuentra su fuerza en la debilidad del Crucificado Señor de la Gloria (Cf. 1 Cor 1, 21-31).

II. EL SEÑOR PASA EN ESTA ÉPOCA E IMPULSA A SU IGLESIA

Una mirada nuestro tiempo ⁴:

- En medio de un relativismo cultural y una crisis cultural profunda. La globalización se impone sin respetar la cultura de los pueblos. Una espiritualidad individualista y fuera de la realidad, para “sentirse bien”, sin necesidad de Dios.
- El impacto enorme de los medios de comunicación. La supremacía de la ciencia y de la técnica. La autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera... que fagocita todo ante la divinización del mercado (Cf. EvGa 56).
- Con una despoblación y envejecimiento de la población salmantina. Con escasas oportunidades para el empleo, y este precario. Con una emigración grande de los jóvenes a otros lugares en busca de trabajo.
- A pesar de todo, la mirada al mundo, al hombre y a la humanidad, está llena de esperanza pascual. Es un tiempo de gracia. Salimos de las manos del Creador, redimidos por el Redentor, alentados por el Vivificador, caminamos a la plenitud de la consumación y de la glorificación. A que todo tenga por Cabeza a Cristo (Cf. Gaudium et Spes 2).

III. “LO QUE EL ESPÍRITU DICE A LAS IGLESIAS” (AP 3,22) CAMINOS DE RENOVACIÓN DE NUESTRA DIÓCESIS ⁵

1. Para una renovación espiritual: El camino de ser “discípulos misioneros” (EvGa 120). Textos: Mt 3, 14-15

Para ser “discípulos”:

- “Un encuentro personal con Jesús. Primacía de la Gracia” (Cf. Jn 20,19-23).
- La experiencia de Pascua y de Pentecostés. “Se llenaron todos del Espíritu Santo” (Hch 2,4).
- Acercarnos a los “manantiales del Agua viva” (cf. Jn 7,37-38): Oración, Palabra de Dios, Sacramentos, Eucaristía, María, los Santos, la humanidad sufriente y empobrecida...

Para ser “misioneros”:

- La dulce y confortadora alegría de evangelizar (EvGa 9-13).
- Necesitamos una mística de ojos abiertos (EvGa 262).

⁴ Orientaciones, II *El Señor pasa en esta época e impulsa a su Iglesia*, pp. 37-49.

⁵ Orientaciones, III, “*Lo que el Espíritu dice a las Iglesias*” (Ap 3,22). *Caminos de renovación en nuestra Diócesis*, pp. 49-63.

- Gusto espiritual de ser pueblo (EvGa 268-274)
- Acompañar al pueblo en su mística popular (EvGa 124).

2. Para una renovación pastoral: “poner más fuego en el hogar; salir al encuentro del hombre de hoy”. Textos: Lc 15,11-35

“Poner más fuego en el hogar”:

- Enraizado en el Misterio pascual
- Acogiendo la Palabra de Dios
- Amándonos como hermanos, en comunidades vivas y de referencia.
- La familia, aliento para la renovación de nuestras comunidades.

“Salir al encuentro del hombre de hoy”:

- Recuperar la alegría apostólica y misionera.
- Una Iglesia del primer anuncio, de la iniciación del acompañamiento.
- Como una Iglesia que es madre con entrañas de misericordia, desde la acogida y el diálogo.
- Como una Iglesia en salida a nuevos escenarios.
- Volcada en el anuncio y el servicio a los pobres y la lucha por la justicia.

3. Para una renovación estructural: “Lo pusieron delante de Jesús”

(Lc 5,19). Textos: Lc 5,17-24; Mc 2,22)

- Necesitamos en la Iglesia “odres nuevos” (Mc 2,22).
- La Diócesis: primera estructura.
- Toda estructura eclesial debe renovarse en una vuelta a los orígenes: Jesús y el Evangelio.
- Estructuras para fortalecer la comunión de todo el Pueblo de Dios.
- Las estructuras han de responder a una iglesia misionera y en salida.
- La Iglesia debe crear estructuras para acoger y dar protagonismo a los pobres.

PROPUESTAS DE LA ASAMBLEA DIOCESANA (I) Presentación general



IV.I. PROPUESTAS APOSTÓLICAS DE RENOVACIÓN ESPIRITUAL

1. EL DOMINGO, DÍA DEL SEÑOR: FUENTE DE ESPIRITUALIDAD

Día del Señor

l.1.1. Día del encuentro personal con Cristo resucitado. Pascua semanal. Fundamento del año litúrgico. Día de templos abiertos, de oración personal y comunitaria, de Liturgia de las Horas. El Año litúrgico, fuente de espiritualidad. (1)

Día de la Palabra

l.1.2. Potenciar experiencias de oración en torno a la Palabra de Dios que se proclama en la liturgia. (2)

l.1.3. Donde no pueda celebrarse la Eucaristía, promover la Celebración de la Palabra en ausencia de presbítero, de acuerdo con el Directorio Diocesano. (3)

l.1.4. Cuidar la proclamación y exposición de la Palabra en la Eucaristía, potenciando los “ministerios laicales” del lector y del salmista y cuidando la preparación de las homilías. (4)

Día de la Eucaristía

l.1.5. Animar a una mayor participación en la Eucaristía, explicando su sentido, subrayando su vinculación con la vida cotidiana, visibilizando mejor la dimensión comunitaria, cuidando los tiempos, los silencios, el sentido profundo de los gestos litúrgicos, la belleza de la celebración, para que cada Eucaristía sea un verdadero encuentro con el Señor y con los hermanos. (5)

l.1.6. Cuidar con especial esmero y sensibilidad todos los demás detalles, en especial el canto y la música y la formación de coros. (6)

l.1.7. Contar con laicos debidamente formados para ejercer los ministerios laicales: acólito, lector, salmista, ministros extraordinarios de la comunión para llevar el Pan de la Eucaristía a los enfermos. (7)

Día de la fe

l.1.8 En este día, la enseñanza principal de nuestra fe la recibimos de la celebración de la Eucaristía. Por tanto el domingo será el día más idóneo para la catequesis. Así, los niños, los jóvenes y los catequistas y padres descubrirán que no puede haber vida cristiana sin participación en la Mesa del Señor. (8)

l.1.9. Este mismo Día del Señor, puede ser oportuno trabajar con otras personas que necesiten dar "un nuevo paso en la fe". (9)

Día de la Comunidad

I.1.10. La comunidad cristiana se forma en la Mesa de la Palabra y de la Eucaristía. Es propio del Día del Señor fomentar experiencias que ayuden a expresar y compartir la alegría del encuentro entre los hermanos: ágapes, convivencias, etc. (10)

I.1.11. El cuidado de la espiritualidad del domingo promueve la unidad de la familia y ésta procure vivir unida el sentido del domingo. (11)

Día de la Caridad y la Justicia

I.1.12. Los creyentes que viven el domingo pueden pensar maneras creativas de prolongar la Mesa del Señor, fuente de caridad, en gestos en los que se comparta la mesa y la vida con los más pobres. Vivido así, el domingo se convierte en una gran escuela de caridad, de justicia y de paz (Cf. Dies Domini, 73). (12)

I. 1.13. El domingo es también un día adecuado para acercarnos a lugares de pobreza y sufrimiento donde se vive con especial crudeza la "soledad": residencias de ancianos, hospitales, prisión, etc. (13)

Día de la Misión

I.1.14. Los cristianos convocados cada domingo para vivir y confesar la presencia del Resucitado están llamados a ser evangelizadores y testigos en su vida cotidiana (Dies Domini, 45). Estas propuestas, siendo sobre todo de renovación espiritual, nos ayudan a vivir nuestra fe en clave misionera mediante acciones como pastoral con niños, jóvenes, convivencias, marchas, encuentros. (14)

El Día del Descanso

I.1.1 5. En el domingo celebramos la culminación de la Creación, por ello, el Día del Señor es el día adecuado para, como prolongación de la Eucaristía y en comunidad, disfrutar de la naturaleza, del arte, de la dimensión lúdica y festiva de la vida. (15)

NOTA. Todas las propuestas de este apartado “1. El Domingo, día del Señor”, y las propuestas (44) y (45), podrían ser desarrolladas de forma conjunta en un Directorio o Instrucción pastoral, que podría titularse: “**La pastoral de la Eucaristía y del Domingo**”. Debería iniciar el proyecto la **Delegación de Liturgia, con la colaboración de la Delegación de Catequesis y la Vicaría de Pastoral.**

2. DESPERTAR AL MISTERIO DE LA FE. INICIACIÓN A LA ESPIRITUALIDAD

I.2.1. Iniciar a la experiencia de la fe. Es preciso educar en el silencio y en la escucha interior para acoger el amor del Padre. Por tanto, debemos generar "experiencias vivas" para un Encuentro con Jesús, como inicio de la fe. (16)

I.2.2. Iniciar a la celebración litúrgica como centro de la vida espiritual de los bautizados. (17)

I.2.3. La inspiración bíblica debe configurar toda acción pastoral para que la Palabra de Dios sea "fuego de amor" que orienta, ilumina y centra la vida de la fe. Para ello importa seguir haciendo y mejorando grupos de estudio de la Biblia, grupos de Lectio divina, difusión de publicaciones y comentarios bíblicos. (18)

l.2.4. *Iniciación a la oración. El encuentro personal con el Señor nace en la oración y alimenta nuestro enamoramiento de Jesús. Para ello, ofrecer iniciación a la oración en todos los niveles; convocar retiros y ejercicios espirituales. (19)*

l.2.5. *Este proceso de intensificación en la interioridad y en la vida de oración pide ser reforzado con iniciativas formativas que proporcionen experiencias vivas de oración a aquellos que a su vez deben iniciar a otros en la oración: iniciadores iniciados. (20)*

Las cinco propuestas anteriores (16-20), referidas a la iniciación a la oración, pueden desarrollarse, al menos parcialmente, como parte del **Proyecto Diocesano de Iniciación Cristiana y Catequesis**, de la propuesta (37). La propuesta (18) tiene una segunda parte de carácter más práctico, cuya aplicación de forma inmediata corresponde a todos los pastores y responsables de comunidades, movimientos y asociaciones. Y también a la Vicaría de Pastoral y a las Delegaciones de Liturgia y Catequesis, en cuanto a la difusión de publicaciones.

l.2.6. *Dedicar algún templo de la diócesis para la pastoral espiritual, en el que se desarrollen especialmente experiencias espirituales vivas. Estos lugares, entendidos como "centros luminosos", se pueden ofrecer como "algo especial" y significativo para el hombre de hoy: lugares de acogida y escucha profunda y sin prisa, de profundización en la Palabra, de oración, acompañamiento, reconciliación. Vicaría de Pastoral, Consejo de Arciprestes, Consejo de Delegados, Comisión de la Asamblea, Consejo Episcopal. (21)*

l.2.7. *"También son "centros luminosos" que hemos de saber aprovechar, la Catedral, los cinco sepulcros de santos que se custodian en nuestra diócesis, los monasterios contemplativos y los santuarios. Son lugares muy significativos, que se deben potenciar espiritual y pastoralmente. Las peregrinaciones deben cuidarse más para que puedan ser medios de renovación espiritual. Entidades Responsables de los "centros" y Vicaría de Pastoral. (22)*

l.2.8. *Seguir cuidando y potenciando la "capilla de Adoración Eucarística Perpetua" como un proyecto diocesano de oración. Mantener y alentar otras iniciativas de Adoración Eucarística en las comunidades parroquiales o conventuales y potenciar todos los movimientos eucarísticos. Vicaría de Pastoral, Parroquias, Conventos y Movimientos Eucarísticos. (23)*

l.2.9. *Que las oraciones, vigiliyas y celebraciones diocesanasean verdaderos focos de comunión espiritual de toda la Diócesis, alentados por la presencia de todos. Deben ser pocas (con ocasión de los tiempos litúrgicos, santos patronos y fiestas muy relevantes), bien preparadas y programadas con la suficiente antelación. Esto también debe iluminar a la programación de los arciprestazgos. Delegación de Liturgia y promotores inmediatos. (24)*

l.2.10. *En el momento cultural que vivimos, hemos de cuidar propuestas que desde la experiencia de la sensibilidad y la belleza (artes, naturaleza, música) ayuden a iniciar caminos de encuentros con el Señor. Vicaría de Pastoral y Consejo de Delegados. (25)*

3. LA FE NECESITA SER ACOMPAÑADA ESPIRITUALMENTE EN LA ACOGIDA, LA CERCANÍA Y LA MISERICORDIA.

l.3.1. *Ofrecer en todos los niveles de la pastoral el acompañamiento espiritual: en las parroquias,*

con los niños, adolescentes, jóvenes, novios, catequistas y agentes de Pastoral (sacerdotes, vida consagrada y laicos). **Parroquias con la ayuda de las Delegaciones correspondientes. (26)**

1.3.2. Crear los cauces adecuados para la formación de acompañantes y su implantación en todo el territorio diocesano. Tal vez podría ser una sección de la futura **Escuela Diocesana de Formación de Catequistas. (27)**

1.3.3. Cuidar más y revitalizar el sacramento de la reconciliación como lugar privilegiado de encuentro con el Dios de la misericordia, ofreciendo más espacios para celebrar la confesión individual y la celebración penitencial comunitaria. Difundir los que ya existen y animar a crear más espacios. **Parroquias y Arciprestazgos. (28)**

1.3.4. Acompañar espiritualmente con especial dedicación a personas en la fragilidad: ancianos, enfermos, familias rotas, madres gestantes con problemas, separados, divorciados, drogodependientes, presos, excluidos, inmigrantes, parados de larga duración, situaciones de duelo. **Parroquias y Delegaciones. (29)**

4. UNA PASTORAL IMPREGNADA DE ESPIRITUALIDAD

1.4.1. Ninguna actividad pastoral debe comenzar sin una oración. **Todos los agentes de pastoral. (30)**

1.4.2. Debemos estar más atentos en los procesos de la iniciación cristiana, para buscar los caminos de la mistagogía de la fe: iniciar a la oración, a la Palabra, a los Misterios del Señor, a su amor infinito. Con los niños, con sus padres, con las parejas que piden casarse, con las familias. **Conexión con propuestas 16-20. (31)**

1.4.3. Ayudar a las familias a integrar la espiritualidad en su vida cotidiana, con propuestas de prácticas de oración e incentivando la participación como familia en la Eucaristía. **Parroquias y Delegación de Familia. (32)**

1.4.4. Buscar caminos para que todas las prácticas de piedad popular contribuyan a la renovación espiritual de las muchas personas que en ellas participan. Preparar con cuidado especial las fiestas patronales, fiestas en ermitas y santuarios, las celebraciones de la Semana Santa. **Parroquias, Santuarios y Cofradías. (33)**

5. LA FE QUE SALE A LA CALLE, ACOGE AL HOMBRE Y A LA HUMANIDAD DE HOY

1.5.1. Profundizar en el sentido de vivencia personal de la fe y testimonio de nuestras manifestaciones espirituales en espacios públicos; que sean bellas, dignas, que generen preguntas y susciten búsquedas. **Parroquias y Cofradías. Delegación de Liturgia. (34)**

1.5.2. "La Iglesia Católica no rechaza nada de lo que en las religiones no cristianas hay de verdadero y santo" (Nostra Aetate, 2), sino que procura dar testimonio caritativo de acogida y anuncio respetuoso del Evangelio de Jesús. En este sentido proponemos reconocer y valorar su riqueza espiritual. **Delegación de Ecumenismo y Relaciones Interconfesionales. (35)**

1.5.3. Las vidas rotas de los hombres en la pobreza, la exclusión, la enfermedad, son escuelas donde se aquilata la fe del que se acerca a estos lugares de sufrimiento para acompañar en respetuoso silencio. Cáritas Diocesana y otras instituciones eclesiales con una pastoral de servicio social y caritativo (parroquias, institutos religiosos, asociaciones) abrirán sus puertas a personas que, debidamente acompañadas, se acerquen a estos lugares a experimentar la alegre espiritualidad de darse a los más necesitados y a aprender de ellos. La iniciativa de Cáritas "Círculos de silencio" es una oportunidad para ayudar a defender los derechos de los más desfavorecidos y hacer público el compromiso cristiano de la lucha por la Justicia. **Cáritas e instituciones de acción caritativa y social. (36)**

IV.II. PROPUESTAS APOSTÓLICAS DE RENOVACIÓN PASTORAL

1. IGLESIA QUE SE INICIA Y CELEBRA LA FE

1.1. Iniciación cristiana

11.1.1.1. *Proyecto Diocesano de Iniciación Cristiana y de Catequesis.* **Vicaría de Pastoral y Delegación de Catequesis.** Comisión de la Asamblea, Consejo de Delegados, Consejo Episcopal, Arciprestazgos, Consejos Presbiteral y de Pastoral. **(37)**

11.1.1.2. *Actualizar el Directorio Diocesano de Sacramentos.* **Vicaría de Pastoral y Delegaciones de Liturgia, Catequesis y Enseñanza.** Comisión de la Asamblea, Consejo de Delegados, Consejo Episcopal, Arciprestazgos, Consejos Presbiteral y de Pastoral. **(38)**

11.1.1.3. *Ayudar y acompañar a las familias.* Idear fórmulas para una catequesis dirigida a los padres e involucrarles en la tarea del crecimiento cristiano de sus hijos. **Parroquias con ayuda de la Delegación de Catequesis. (39)**

1.2. Catequesis

11.1.2.1. *Crear una Escuela Diocesana de Formación de Catequistas.* **Consejo Episcopal y Delegación de Catequesis.** Comisión de la Asamblea, Consejo de Delegados, Consejo Episcopal, Arciprestazgos, Consejos Presbiteral y de Pastoral. **(40)**

11.1.2.2. *Otros recursos para el crecimiento de la fe: tiempo libre, arte, naturaleza, juego, música, voluntariado, nuevas tecnologías, redes sociales...* **Delegación de Catequesis con la colaboración de parroquias, unidades, arciprestazgos y otras comunidades.** Comisión de la Asamblea, Consejo de Delegados y Consejo Episcopal. **(41)**

11.1.2.3. *Fondo Diocesano de recursos catequéticos, litúrgicos, pedagógicos.* **Vicaría de Pastoral y Delegaciones de Liturgia y Catequesis.** Comisión de la Asamblea, Consejo de Delegados y Consejo Episcopal. **(42)**

1.3. Celebraciones eucarísticas

II.1.3.1. Planificación de las eucaristías dominicales. Cada Unidad de Pastoral y Arciprestazgo. Vicaría de Pastoral, Consejo de Arciprestes y Consejo Episcopal. (43)

II.1.3.2. Cuidar la celebración de la Eucaristía y la participación. Crear grupos de liturgia y formar lectores, salmistas, acólitos, monitores, cantores. Parroquias con ayuda de la Delegación de Liturgia. Vicaría de Pastoral y Consejo Episcopal. (44)

II.1.3.3. Cuidar la preparación de la Homilía. El propio celebrante; grupos de sacerdotes, laicos y consagrados. Parroquia, Unidades de Pastoral y Arciprestazgos. (45)

II.1.3.4. Cuidar la formación litúrgica y homilética como parte de la formación permanente del clero. Delegaciones del Clero y de Liturgia. Vicaría de Pastoral y Consejo Episcopal. (46)

2. IGLESIA QUE SALE A EVANGELIZAR Y SERVIR

2.1. Primer anuncio

II.2.1.1. Crear un Espacio Diocesano sobre el Primer Anuncio. Reflexionar, iluminar, discernir, conocer métodos e iniciativas existentes, formar agentes de primer anuncio e impulsar acciones de evangelización. Vicaría de Pastoral y Delegación de Catequesis. Comisión de la Asamblea, Consejo de Delegados, Consejo Episcopal, Arciprestazgos y Consejos Presbiteral y Pastoral. (47)

II.2.1.2. Formar un equipo misionero de salida o primer anuncio. Vicaría de Pastoral y Delegación de Catequesis. Consejo de Arciprestes, Consejo de Delegados, Comisión de la Asamblea, Consejo Episcopal, Arciprestazgos y Consejos Presbiteral y Pastoral. (Cf. Propuesta de renovación institucional 2. última). (48)

2.2. Evangelización de adolescentes y jóvenes

II.2.2.1. Coordinar las tareas de las Delegaciones de pastoral universitaria, juvenil y de vocación al ministerio sacerdotal. Las propias Delegaciones y la Vicaría de Pastoral. (49)

II.2.2.2. Potenciar y renovar la pastoral universitaria con un equipo integrado por sacerdotes, laicos y consagrados, incorporando a sacerdotes jóvenes. Y con la colaboración de los colegios, residencias universitarias y profesorado católico. Delegación de Pastoral Universitaria. Vicaría de Pastoral y Consejo Episcopal. (50)

II.2.2.3. Plan Diocesano de Pastoral Juvenil. Delegación de Pastoral Juvenil y Vicaría de Pastoral. Comisión de la Asamblea, Consejo de Delegados, Consejo Episcopal, Arciprestazgos, Consejos de Pastoral y Presbiteral. (51)

II.2.2.4. Cuidar la educación afectivo-sexual de adolescentes y jóvenes. Delegaciones de Enseñanza, Catequesis, Familia y Pastoral Juvenil. Vicaría de Pastoral y Consejo Episcopal. (52)

2.3. Familia

II.2.3.1. Elaborar un Plan Diocesano de Pastoral Familiar. Delegación de Familia y Vicaría de Pastoral. Comisión de la Asamblea, Consejo de Delegados, Consejo Episcopal, Arciprestazgos, Consejos de Pastoral y Presbiteral. (53)

II.2.3.2. Acompañar la historia de salvación de cada matrimonio. Los Párrocos con la ayuda de la Delegación de Familia. (54)

II.2.3.3. Acompañar a los matrimonios y familias en situaciones de especial dificultad. Los Párrocos con la ayuda de la Delegación de Familia y la Vicaría de Pastoral. (55)

2.4. Caridad y justicia evangélica

II.2.4.1. Promover el mayor conocimiento y práctica de la Doctrina Social de la Iglesia. Vicaría de Pastoral y Delegación de Pastoral Social. Consejo Episcopal. (56)

II.2.4.2. Promover encuentros diocesanos de educación para la justicia, la solidaridad, la caridad, el cuidado de la casa común, el consumo responsable, etc. Vicaría de Pastoral y Delegaciones de Pastoral Social, Cáritas y Pastoral Obrera. Consejo Episcopal. (57)

II.2.4.3. Potenciar las Cáritas parroquiales. Los Párrocos y Cáritas diocesana. Consejo de arciprestes. Consejo Episcopal. (58)

II.2.4.4. Potenciar el trabajo de coordinación con los grupos que trabajan en los ámbitos de la pobreza. Delegaciones de Pastoral Social, Cáritas y Vicaría de Pastoral. (59)

2.5. Espacios diocesanos de reflexión, escucha y diálogo.

II.2.5.1. Promover espacios de diálogo y encuentro con el mundo. Cada una de las Delegaciones diocesanas. Vicaría de Pastoral, Consejo de Delegados y Consejo Episcopal. (60)

II.2.5.2. Impulsar foros de diálogo fe-cultura. Mesa de la cultura. Delegación de Pastoral Universitaria. Vicaría de Pastoral y Consejo Episcopal. (61)

II.2.5.3. Mantener y reforzar la Semana de Pastoral y hacerla más participativa e impulsora de las propuestas de la Asamblea. Vicaría de Pastoral y Comisión para la aplicación de la Asamblea. Consejo de Delegados y Consejo Episcopal. (62)

II.2.5.4. Encuentros periódicos de reflexión y diálogo entre los diferentes agentes pastorales. Vicaría de Pastoral y Consejo de Delegados. Consejo Episcopal. (63)

3. CON UNOS EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU

3.1. Ministros ordenados

II.3.1.1. Promover la comunión de los presbíteros con el Obispo y entre ellos. **El Obispo juntamente con los Vicarios y Delegados, en particular la Delegación para el Clero. (64)**

II.3.1.2. Los presbíteros asumen la programación diocesana y coordinan sus acciones pastorales en el arciprestazgo. **Los presbíteros, alentados por el Arcipreste, el Vicario de Pastoral y el Obispo. (65)**

II.3.1.3. Los presbíteros están disponibles para asumir el cambio de lugares y tareas en distintos campos pastorales. **Es tarea de todos. (66)**

II.3.1.4. Fomento de la vida fraterna y la ayuda mutua. **Los presbíteros, alentados por el Arcipreste, los Delegados para el Clero, los Vicarios y el Obispo. (67)**

II.3.1.5. Acogida de los diáconos permanente y promoción de candidatos. **Los presbíteros y arciprestes, los Delegados para el Clero, los Vicarios y el Obispo. (68)**

II.3.1.6. Cultivo de las vocaciones al ministerio sacerdotal. **Los presbíteros y la Delegación de Pastoral de Vocaciones al ministerio sacerdotal. El Obispo. (69)**

II.3.1.7. Cuidado de la formación permanente del clero. **Delegación para el Clero y Consejo Episcopal. (70)**

3.2. Laicos

II.3.2.1. Los laicos vayan asumiendo más responsabilidades, en consejos y tareas apostólicas. **Debemos tenerlo en cuenta los pastores en los diversos niveles: los Párrocos y el Obispo. (71)**

II.3.2.2. Presencia femenina más incisiva en la Iglesia. **Debemos tenerlo en cuenta los pastores en los diversos niveles: los Párrocos y el Obispo. (72)**

II.3.2.3. Animar y potenciar el compromiso y presencia de los laicos en la vida pública. **Delegaciones de Apostolado Seglar, Pastoral Social y Pastoral Obrera. Vicaría de Pastoral y Consejo Episcopal. (73)**

II.3.2.4. Discernir la conveniencia de crear un Consejo Diocesano de Laicos. Comenzar por la mayor implicación de los laicos en los Consejos de pastoral parroquiales, arciprestales y diocesano. **Vicaría de Pastoral, Consejo de Delegados y Consejo de Arciprestes. Comisión de la Asamblea. Consejo Episcopal. (74)**

II.3.2.5. Dotar a las Cofradías y Hermandades de un marco normativo diocesano. **Coordinadora de Cofradías y Delegación de Apostolado Seglar. Comisión de la Asamblea, Consejo de Delegados, Consejo de Arciprestes, Consejo Episcopal, Arciprestazgos, Consejos Presbiteral y de Pastoral. (75)**

3.3. Consagrados

II.3.3.1. La Diócesis ha de continuar integrando la vida consagrada en su misterio y en su misión apostólica. **(76)**

II.3.3.2. Los consagrados han de procurar una mayor implicación en la vida de la Diócesis y coordinar sus acciones con la programación diocesana. **(77)**

Para hacer realidad estas propuestas tenemos programado crear una nueva Delegación para la Vida Consagrada Activa, cuya Delegada sería una religiosa, que ya ha aceptado el cargo. Falta concretar el equipo de la delegación.

IV.III. PROPUESTAS APOSTÓLICAS DE RENOVACIÓN ESTRUCTURAL, EN ORDEN A LA MISIÓN

1. PROPUESTAS REFERIDAS A LAS PERSONAS

III.1.1. *Aliento y creación de equipos de laicos, consagrados y sacerdotes en los diversos organismos diocesanos: delegaciones, parroquias, unidades de pastoral, arciprestazgos, para vivir la comunión en la fe, la oración y la misión. Vicaría de Pastoral, Consejo de Delegados y Consejo de Arciprestes. Párrocos, Institutos de Vida Consagrada y Consejo Episcopal. (78)*

III.1.2. *Favorecer que los laicos adquieran mayor responsabilidad en el ejercicio de sus ministerios específicos. Vicaría de Pastoral y Delegación de Apostolado Seglar. Consejo de Delegados y Consejo de Arciprestes. Consejo Episcopal. NOTA: Si en el proceso surgen propuestas de orientaciones diocesanas o de creación de ministerios, habrá de seguirse el procedimiento que corresponda en cada caso. (79)*

2. PROPUESTAS REFERIDAS A LOS SECTORES DE EVANGELIZACIÓN

III.2.1. *Revisar las personas, tareas, distribución y ordenación interna de las Delegaciones diocesanas. Vicaría de Pastoral, Consejo de Delegados. Comisión de la Asamblea. Consejo Episcopal. Consejos de Pastoral y Presbiteral. (80)*

III.2.2. *Potenciar la Delegación de Medios de Comunicación con medios, tecnologías, personas y un reglamento. Vicaría de Pastoral y Delegación de Medios. Consejo de Delegados, Comisión de la Asamblea, Administración diocesana, Consejo Episcopal. (81)*

III.2.3. *Crear equipos de pastoral juvenil y vocacional en las estructuras diocesanas con presencia más de jóvenes. Delegación de Pastoral Juvenil, Delegación de Pastoral Universitaria y Vicaría de Pastoral. Párrocos, arciprestes, colegios, cofradías, movimiento Scout católico. (82)*

III.2.4. *Cada arciprestazgo asuma con urgencia la creación de un equipo misionero de salida o primer anuncio. La Diócesis piense una estructura que fomente, acompañe y forme estos grupos. Vicaría de Pastoral y Consejo de Arciprestes. (83)*

Esta propuesta es una concreción de la siguiente propuesta general de renovación pastoral: *Formar un equipo misionero de salida o primer anuncio.*

Por ello, el Consejo de Arciprestes ha de ofrecer en un primer momento sugerencias para aplicar la propuesta general de renovación pastoral. Y, en un segundo tiempo, ha de aplicar las orientaciones

que sean ofrecidas como resultado del proceso de reflexión seguido por la **Vicaría de Pastoral y la Delegación de Catequesis**, y otros Consejos, antes mencionados.

3. PROPUESTAS REFERIDAS A LOS ÓRGANOS DE COMUNIÓN

III.3.1. Los Consejos de Economía deben ser creados en todas las parroquias. **Los Párrocos y Arciprestes**. Vicario General y Administración diocesana. Consejo Episcopal. (84)

III.3.2. Es muy recomendable la implantación de Consejos Pastorales en las Parroquias, especialmente las de mayor población, Unidades de Pastoral y Arciprestazgos. **Los Párrocos y Arciprestes**. Vicaría de Pastoral. Consejo Episcopal. (85)

4. PROPUESTAS REFERIDAS A LA ORGANIZACIÓN TERRITORIAL

III.4.1. Proseguir en la implantación de las Unidades de Pastoral, estableciendo “iglesias centrales”, para la eucaristía dominical, que sean “centros apostólicos de misión”. Parroquias unidas que trabajan “como si fueran una sola”. **Los Párrocos y Arciprestes con sus agentes pastorales, alentados por la Vicaría de Pastoral y el Consejo Episcopal**. (86)

III.4.2. Las unidades pastorales de parroquias muy pequeñas en el mundo rural necesitan personas o equipos, moderados por el párroco, que acompañen en cercanía a las personas mayores y enfermas y animen la oración dominical y los ejercicios de piedad. **Los Párrocos y Arciprestes, con la ayuda de la Vicaría de Pastoral y las Delegaciones que correspondan**. (87)

III.4.3. Es necesaria una reorganización de los Arciprestazgos. **La Vicaría de Pastoral, con cada uno de los Arciprestazgos y el Consejo de Arciprestes**. Comisión de la Asamblea, Consejo Episcopal. Consejos Pastoral y Presbiteral. (88)

5. PROPUESTAS SOBRE OTROS ASPECTOS

III.5.1. Custodia y mantenimiento del patrimonio artístico, cultural, pastoral y de otros bienes. **Propuestas de las Parroquias y Arciprestazgos**. Consejo de Arciprestes. Comisión de la Asamblea. Vicaría General y Administración diocesana. Consejo Diocesano de Asuntos Económicos. Consejo Episcopal. Si hay que dar normas o realizar enajenaciones, se seguirá el procedimiento correspondiente. (89)

III.5.2. Administración de los bienes eclesiales integrada en la administración diocesana y comunicación de bienes. Transparencia participación de los fieles en los Consejos de Economía. **La Vicaría General y la Administración diocesana con las entidades titulares de los bienes**. Comisión de la Asamblea. Consejo Diocesano de Asuntos Económicos. Consejo Episcopal. (90)

6. COMISIÓN DE SEGUIMIENTO DE LA ASAMBLEA. YA CONSTITUIDA. (91)



DIÓCESIS DE SALAMANCA. SÍNTESIS DE LA FASE DIOCESANA

A. INTRODUCCIÓN: RELECTURA DE LA EXPERIENCIA SINODAL

A.1.- ¿Qué hitos, puntos de inflexión se han dado en el proceso? ¿Cuáles fueron las dificultades y sorpresas? ¿Y los principales pasos que se dieron en la diócesis durante el proceso (fortalezas, debilidades, actitudes, desacuerdos...), como frutos del discernimiento realizado?

La comunidad local tiene la experiencia reciente de la Asamblea diocesana, cuya sombra es alargada y ha tenido una influencia clara en numerosas comunidades, parroquias y unidades pastorales. De ella se valora, la renovación espiritual, pastoral y estructural de la Diócesis de Salamanca, con un nuevo escenario eclesial más pobre y disminuido en fuerza personas e instituciones, pero con un compromiso renovado en la misión. De ella surgieron iniciativas catequéticas y nuevas perspectivas, como la renovación de la iniciación cristiana en los “jueves de iniciación”; la importancia de la Eucaristía con “sin el domingo no podemos vivir”, así como el centro de atención integral a las personas con trastorno mental “Ranquines”. Muchos grupos sinodales comentan que, aunque la Asamblea diocesana fue muy positiva, debe darse continuidad al proceso iniciado. Es cierto, que la pandemia, paralizó su desarrollo.

En algunos grupos se recuerda la experiencia sinodal y la participación en el sínodo diocesano de 1985 a 1989, convocada por el entonces obispo de la Diócesis don Mauro Rubio.

Se subraya la experiencia de haber formado parte de los grupos sinodales, formándose unos 130 grupos en la diócesis, que han realizado un bello camino de reflexión, diálogo, escucha y oración. Muchos manifiestan que quieren seguir trabajando por este camino. También se han valorado positivamente las reuniones de grupo (de parroquia, arciprestales, comunitarias, ...), la colaboración en la vida de la Iglesia, así como la centralidad de la eucaristía dominical, los encuentros sanadores de caminar juntos, la propia familia, etc. Todo ello ha sido una experiencia enriquecedora y significativa de formar parte de ese caminar de forma sinodal, especialmente teniendo en cuenta el momento en el que fue convocado el Sínodo: pandemia, silencio de Dios para muchos.

Algunos grupos recuerdan la experiencia de la preparación y de la participación en el congreso de laicos. En las reuniones del mismo, laicos, religiosos, sacerdotes y obispos dialogaron juntos, siendo una experiencia enriquecedora y claramente sinodal.

A.2.- ¿Qué impacto creéis que ha tenido el proceso sinodal en la diócesis, a nivel interno (en la vida de las comunidades, parroquias, realidades...) y a nivel global (respecto al camino con el resto de la sociedad)?

Ha sido un camino sencillo y discreto. Como una pequeña parábola de la disminución y la pequeñez. Si el Sínodo Diocesano de los 80 supuso llenar un estadio y la Asamblea de la pasada década logró poblar de ilusión pascual la noche de los nuevos escenarios sociales y eclesiales, esta fase diocesana del Sínodo ha sido mucho más discreta, más humilde, más desapercibida, menos aparatosa... Pero también con nuevas luces evangélicas y, desde luego, con un trabajo serio, concienzudo y constante de varioscientos de cristianos de nuestra Diócesis y quizá también un puñado de ciudadanos que se han sentido concernidos en la demanda de su opinión.

B. DISCERNIMIENTO DE LAS CONTRIBUCIONES RECOGIDAS

B.1.- Alegrías (Luces) y heridas (sombras).

¿Qué alegrías han aportado?

En un mundo líquido, con un fuerte vagabundeo en la fe y en los valores, la Iglesia sigue siendo una de las pocas instituciones sólidas de nuestra sociedad. Es cierto que con un rostro arrugado por las sombras que manifiesta, pero con la luz del resucitado en medio de tantas oscuridades. La Iglesia sigue anunciando la Buena Noticia de Jesús y ayuda a ensanchar los corazones, siendo un hospital de campaña para muchas personas, que se agarran a ella como una tabla de salvación en el mar inmenso de la increencia, abriendo caminos de esperanza.

Luces:

- En medio de las sombras, se producen importantes luces, como el ofrecer la vida nueva que abrió la muerte y resurrección de Jesús. La Iglesia mantiene vivo y en alto el fuerte sentimiento que la memoria vivificante y sanadora del resucitado vivo, llenando de esperanza a muchas personas.
- También es luz y alegría la importancia y centralidad de la eucaristía, el bautismo y la confirmación, atravesados por la presencia del Espíritu, que nos ayuda a vivir abrazados y reconfortados por el amor y nos empuja a seguir caminando en la vida como cristianos.
- La Asamblea de la Diócesis es una luz que se mantiene viva y que acaba de comenzar. Esta renovación de la vida espiritual, pastoral y estructural de la Diócesis ha propuesto una nueva metodología de la iniciación cristiana, está reforzando la importancia del domingo y del acompañamiento. Todo ello, ayudado de un camino sinodal con mayor presencia de la vida consagrada y de laicos en todos los espacios diocesanos.
- Subrayar la importancia de la comunidad parroquial, que es espacio de espiritualidad, de presencia del resucitado como fuente de renovación de la vida y portadora de esperanzas. Se tiene una clara conciencia de que está creciendo la corresponsabilidad y la misión, un mayor apoyo espiritual, acogida y ayuda mutua, una mayor atención de los sacerdotes. Destacar que se está

haciendo un fuerte esfuerzo por la presencia pública en las calles y en los lugares de cultura.

- Una de las luces que alumbramos con más intensidad es la atención y sanación a los más pobres y necesitados. Una Iglesia generosa y cercana, que canaliza la acción social a través de Cáritas y Manos Unidas y otras muchas instituciones y grupos que ponen su acento en la acción social. Esta realidad es muy visible y palpable no solo por los que están dentro de la Iglesia, también por los más alejados. Una luz que siguió alumbrando en plena pandemia. Pero muchas veces es una luz que no se visualiza suficientemente.
- Se ha destacado también la importancia de la Iglesia como portadora de valores para una sociedad líquida, cambiante e impredecible. Valores como la familia, la solidaridad, la fraternidad, la entrega, la empatía, la compasión, la educación, la esperanza y la conciencia por el cuidado de la naturaleza.

¿Qué heridas han revelado?

Aunque son más visibles las heridas que las luces, hay una gran sensibilidad diocesana por la tarea de la Iglesia de sanar heridas. La Iglesia sigue siendo como esas cañerías viejas, con arrugas y grietas, pero que sigue llevando el “agua fresca” de la fe.

Sombras:

- Una de las heridas que más se repite es el mal ejemplo de algunos sacerdotes referente a los abusos (pederastia). Además de muchos escándalos no resueltos, está haciendo mucho daño en el testimonio de la Iglesia y de los propios cristianos.
- También la escasa escucha y atención a colectivos como divorciados, homosexuales, lesbianas, víctimas de abusos de violencia de género, de abusos menores, inmigrantes y personas de otras culturas.
- Destacar también el clericalismo, no solo del clero sino también de los laicos. Estamos todavía viviendo una iglesia organizada sobre el sacramento del Orden más que desde el sacramento del Bautismo.
- Algunos sacerdotes no han acogido de forma positiva el sínodo, ya que parece que les quita protagonismo y les hace dudar de su misión.
- Destacamos también el autoritarismo de algunos sacerdotes, la actitud pasiva, una dominación patriarcal, discriminación, falta de sinodalidad. Se percibe como Iglesia débil, envejecida y desanimada. Faltan personas que motiven, sobre todo en la jerarquía, que toquen y palpén la calle, que sean más cercanos al Pueblo de Dios, más abiertos y transparentes y que se asemejen más a una madre misericordiosa y cercana.
- No se está valorando suficientemente a los laicos, sobre todo a la mujer, en todos los ámbitos de la Iglesia. Es necesario subrayar la importancia de la mujer y de su participación en ámbitos de decisión significativos.
- Preocupa también la ausencia de los jóvenes.
- Además, se necesita reforzar los consejos parroquiales y diocesanos. En ellos se necesita de forma urgente una disminución de la presencia clerical y dar un mayor énfasis a los laicos. También hay una necesidad de formar a los laicos para el servicio de la Iglesia y la misión.
- Destacar la desunión entre los propios católicos, hay una acomodación a los criterios del

mundo, que produce una carencia de credibilidad. En muchos se da una ruptura entre la fe y la vida, un fuerte individualismo, desunión y críticas entre nosotros mismos, intransigencia, falta de compromisos, falta de diálogo, cansancio, falta de ilusión, poca fe y nostalgia de tiempos pasados.

- Nuestros pueblos están sin gente, envejecidos, sin celebraciones y presencia de sacerdotes. Esto provoca falta de ilusión y poca esperanza.
- La Eucaristía no atrae. En la conciencia de muchos no parece ser necesaria, con poca participación, sin vida y muy ritualista. Muchas homilías son monólogos poco atractivos, poco claros y no llegan ni dicen nada. Esa falta de claridad puede extenderse a muchos documentos de la Iglesia.
- Parece necesario salir de la burbuja espiritual y salir a la misión para encontrarnos con la vida y el sufrimiento de las personas.
- Una sombra alargada es la cantidad de trabajo y esfuerzos que se realizan que alumbran al cristiano y a la sociedad, pero no se dan a conocer y no se visualizan en medio de la sociedad. La mayoría de las veces por falta de medios para transmitir lo realizado. Es necesario promover mucho el trabajo creativo y de dónde surge, así como modernizar los medios de comunicación para llegar a la sociedad.

B.2.- Propuestas de cambio o conversión (personal e institucional)

A. Propuestas en orden a “engendrar hijos a la fe”. Catequesis, formación, pastoral de las edades de la vida.

- Una clave imprescindible e importantísima es continuar con toda la renovación de la pastoral de la iniciación cristiana: bautismo, confirmación, eucaristía... Renovar y revisar las praxis desde nuevos planteamientos catequéticos, resultará vital para el futuro de la Iglesia.
- Necesitamos una pastoral de la infancia, adolescencia y juventud que signifique una verdadera apuesta diocesana en medios, personas, preferencias... Hay que ofrecer un proceso de formación continuada que integre a niños, adolescentes y jóvenes y que desemboque en comunidades de adultos para la Iglesia. Una pastoral juvenil en donde se encuentre a Jesús y se descubra su seducción. Y una pastoral universitaria acorde con la magnitud de estudiantes, profesores y personal de administración y servicios que existen en las dos universidades de la diócesis.
- La formación permanente de los laicos es vital en todos los ámbitos: desde catequistas a agentes de pastoral de la salud, pasando por formación en Biblia, Doctrina Social, ministerios laicales... El laico debe asumir su propia responsabilidad en la Iglesia como una vocación específica. Para ello, ha de participar vitalmente en itinerarios que incluyan estos elementos: el anuncio, el acompañamiento, la formación y la presencia en la vida pública.
- Los catequistas han de ser conscientes de su “ministerio”, con una consigna que es válida para todos los agentes de pastoral: “*sobran maestros, hacen falta testigos*”. No sólo hacen falta catequistas para la catequesis de siempre, sino también agentes de primer anuncio, preparados para saber dar respuesta a cada situación personal, que no se ajustan a “clichés” unificados. Para eso, hacen falta agentes que sepan acompañar procesos de acercamiento, conversión, bautizo, comunión y confirmación de adultos...
- La centralidad de la Palabra de Dios.
- La importancia de la pastoral familiar.
- Cuidar la pastoral de la salud y de la ancianidad: somos una diócesis con muchísimas personas

mayores. Eso merece una atención y un cuidado muy especiales.

B.- Propuestas en orden a vivir la vida espiritual

- Los amigos de Jesús y los seguidores de la Buena Noticia deben manifestar un semblante de alegría (interna y externa). El talante de alegría es muy importante para irradiar el gozo por la salvación y para vivir la experiencia del Resucitado (espiritualidad pascual).
- Enseñar a orar... Experimentar el inmenso amor de Dios hacia cada persona, sea quien sea, sea como sea, esté como esté... La oración es el oxígeno del alma. Se pide que las iglesias estén más tiempo abiertas (no sólo en los horarios de culto o actividades).
- Fomentar mucho el acompañamiento espiritual. Ayudará a que las personas vivan procesos de conversión personal, de coherencia entre la fe y la vida.
- Fomentar la actitud permanente de discernimiento personal y comunitario. Escuchar al Espíritu.
- Hemos de recuperar la palabra “conversión”: cambiar de vida, cambiar de mentalidad, de actitudes... Es lo que pasa de manera permanente al que se encuentra con Jesús (no sólo la primera vez).
- Los pobres son presencia de Cristo en medio de su Iglesia. Hay que amarlos, atenderlos, cuidarlos... como si cuidáramos al mismo Señor: sin paternalismos estériles, pero con toda la fuerza de las Bienaventuranzas.
- Aprender toda la riqueza espiritual y pastoral que puede surgir de estas dos realidades:
 - La naturaleza, la defensa de la casa común.
 - El arte, la belleza, el patrimonio artístico y cultural.

C.- Propuestas en orden a celebrar los caminos de la fe: sacramentos, liturgia

- Fomentar una liturgia viva, que pueda expresar, alegrar, alentar... el alma de las personas que participan en ella, evitando la pasividad.
- Evitar una práctica de “consumo de sacramentos”. Donde no hay fe, aunque la gracia de Dios puede actuar donde y como quiera, normalmente no se da una experiencia viva de Dios. No ofrecer un tesoro adulterado, ni rebajado. Los sacramentos no son “para agradar a la gente”, ni una oferta que se proponga desde la estética del templo, ni el sentimentalismo del apego al lugar a la persona celebrante... Los sacramentos no se pueden “desacramentalizar”.
- La centralidad de la Eucaristía: bien vivida, comprendida, celebrada, participada, adorada. Y dentro de ella, cada una de sus partes, los signos, los gestos, los cantos, la resonancia de la Palabra en el corazón de la asamblea celebrante... Hay que revisar algunos lenguajes que no son cercanos a la sensibilidad de la gente. La Eucaristía es la fuente de la que beber para vivir en la comunión para la misión. Es necesario ir implantando lo que ya hemos asumido diocesanamente: “las celebraciones de la Palabra en espera del presbítero” e ir estableciendo “iglesias centrales” (los fieles se desplazan de vez en cuando a otras parroquias cercanas) ... Son herramientas que nos van a ayudar a mantener el ritmo celebrativo con calidad y calidez.
- Recuperar el sacramento de la penitencia: darle su importancia y su inmenso valor como sanador de las heridas del pecado.
- Unificar los criterios de preparación y celebración de los sacramentos. Hemos de ir todos a una, descubriendo el sentido profundo de las realidades y tratando que “lo formal” no empañe “lo sacramental”.

D.- Propuestas en orden a vivir la vida desde la fe: moral personal y social, el compromiso público del cristiano

- Desde el anuncio de Jesucristo resucitado, que es quien salva a la persona, y desde esta experiencia, la Iglesia necesita ofrecer espacios de encuentro con el Resucitado (sin experiencia Pascual no hay vivencia cristiana), destacando la importancia de la comunidad cristiana y viviendo la fe en pequeños grupos, donde se visibilice a Jesucristo vivo y resucitado.
- Los cristianos hemos de dar testimonio de la alegría del Evangelio en medio del mundo. El servicio gratuito y desinteresado es un modo de dar testimonio de esta alegría evangélica.
- Hemos de vivir la hospitalidad como forma de apertura a la diversidad y a quien piensa distinto. Mirar a Jesús como el testigo de la acogida.
- Los creyentes hemos de participar y hacernos oír en actos culturales, sociales, políticos, sindicales, educativos... Somos miembros de una misma humanidad desde la fe tenemos mucho que escuchar, dialogar y aportar. Salir de la zona de confort, salir a las periferias existenciales.
- La creatividad que brota de la fe nos debe abrir a nuevos modos de presencia en medio del mundo.
- Trabajar en red con grupos sociales que luchan por la justicia: plataforma de lucha por el trabajo digno.

E.- Propuestas en orden a vivir la experiencia de la Iglesia como comunidad evangelizadora (dimensión apostólica): la experiencia de la comunidad, la jerarquía, los carismas, la diversidad, la apertura a las nuevas realidades sociales, la comunión interreligiosa e interconfesional, la atención al mundo rural.

- El compromiso fehaciente de no abandonar al mundo rural, de quererlo, atenderlo, cuidarlo, respetarlo... No dejarlo para el último lugar.
- Una Iglesia con apariencia formal, menos institucional y más carismática: sencilla, comunitaria, acogedora, una casa de puertas abiertas para todos. Una Iglesia menos clerical. Una Iglesia que no sea autorreferencial, sino que se comprometa con la verdad. Más orante, menos mundana, donde todos transparentamos a Cristo.
- Una apuesta clara por el trabajo en común (comunión), más allá de la también necesaria coordinación. Desde aquí hemos de activar los caminos de las Unidades de Pastoral, de los arciprestazgos, de lo diocesano. Es tiempo de sumar. Hemos de activar los Consejos allá donde no existen aún.
- Una Iglesia que exista para evangelizar: una Iglesia que anuncia, que denuncia y que renuncia.
- Deseos de superar el clericalismo, el machismo, la inmovilidad... Un ejemplo puede ser poner en manos de laicos más delegaciones diocesanas y otras tareas de cierto peso pastoral para el futuro, incluso pensando en la posibilidad de liberar a laicos para tareas apostólicas.
- Una Iglesia como lugar de acogida, encuentro, oración, sanación, vida comunitaria. Las parroquias no son instituciones de servicios religiosos, sino espacios de vida comunitaria en el seguimiento de Jesús.
- Una apuesta decidida e inquebrantable por la vida: defender la vida siempre, en especial la vida vulnerable y en riesgo.

- Deseos de una vida de fe más comunitaria, superando cualquier tipo de individualismo... Comunidades vivas, en donde se pueda orar, celebrar, compartir, fortalecerse, discernir. Comunidades que engendran nuevos miembros, los acompañan y los sostienen en las crisis de la vida cristiana.
- Una Iglesia que vive la comunión y que habitualmente contrasta la experiencia de la fe con los otros hermanos: todos unidos y en sintonía espiritual y pastoral, acogiendo la diversidad que el mismo Espíritu fomenta. Evitar las críticas, las rivalidades, las murmuraciones, las descalificaciones de unos grupos a otros... *“Todos en la misma barca”*. *“Amando a los carismas de los demás tanto o más que los propios”*.
- Una Iglesia con estilo sinodal: que trabaja en consejos, en equipos, cabildos... teniendo en cuenta las opiniones y visiones de todos. Dar mucha importancia a las instituciones existentes que son órganos consultivos de las diócesis (*Comisión Teológica Internacional, documento: Sinodalidad en la vida y misión de la Iglesia 71-102, 2018*).
- Una Iglesia cercana al mundo y a sus problemas, situaciones y necesidades.
- En la Iglesia no pueden vivirse episodios de desigualdad, de abusos, de desprecio, de marginación, de no escucha... de ningún colectivo humano. La Iglesia es la casa de acogida de Dios a la humanidad entera y en la que hay sitio para todos. Con especial énfasis en las personas que sufren algún tipo de discriminación: la mujer, las personas homosexuales, los inmigrantes, la cultura gitana, las personas divorciadas o separadas que han rehecho su vida con otra persona, etc.
- El deseo de visibilizar más los caminos de comunión con otros cristianos y con otras religiones. Una Iglesia más ecuménica.

NOTA SOBRE LA PARTICIPACIÓN DE PERSONAS ALEJADAS DE LA IGLESIA EN NUESTRA DIÓCESIS

A través de un cuestionario que se ha ido difundiendo y se ha ofrecido a las personas y a los grupos, se han ido recogiendo respuestas de varias personas y colectivos. Por su peculiaridad y valor, y por tratarse de uno de los núcleos más vivos de este deseo de “escuchar” por parte del Papa Francisco, sintetizamos las aportaciones en un capítulo aparte:

- Para todos los participantes en la encuesta, **el mensaje del evangelio** sigue siendo muy actual y muy necesario para esta sociedad, donde se busca más el tener que el ser, muy sujeta a la consecución del placer inmediato, la definida por Bauman como sociedad líquida. Para ellos, los valores evangélicos son necesarios en nuestra sociedad, aunque ahora no están tan de moda.
- Alguno de los participantes echa en falta en la Iglesia, entendida como pueblo de Dios, **la coherencia** entre su discurso y sus acciones, el que no vea a los católicos alegres contentos y orgullosos con su opción; que viven su religiosidad demasiado en el ámbito privado y que no trasladan a su vida pública, como si diera cierta vergüenza proclamar su fe y su compromiso cristiano. Nos invitan a que esto no fuera así, se nos debe notar la alegría de seguir a Jesús.
- También nos invitaban a **aumentar el diálogo interreligioso e intercultural**, para no confundir espiritualidad con religiosidad, y buscar sinergias con otros grupos que busquen fines parecidos. Una Iglesia en la calle, junto a la gente, los colectivos y las instituciones ciudadanas, públicas... Como una más. Sirviendo, dando testimonio, arrojando el hombro.
- Nos sugieren que **la Iglesia debe soñar y arriesgar**. Una Iglesia que no juzga, que no condena, que acoge a todos con misericordia, sin ninguna superioridad, fomentando el diálogo y la acogida de aquellos colectivos que podrían considerarse irregulares: divorciados, homosexuales, inmigrantes...
- En cuanto a **la apariencia estructural**, piden que se rebaje el machismo, que haya más dinamismo participativo, que dé una apariencia más abierta, que no se tapen casos de pedofilia o de otro tipo de abusos.
- Mejorar la capacidad de **comunicación**, los lenguajes, las formas, los ejercicios rituales y celebrativos.
- **Dar testimonio de austeridad, pobreza...** en sus edificios, en sus convocatorias, en su manera de aparecer ante el mundo. El testimonio de la pobreza vivida y abrazada y el valor de la gratuidad son conmovedores para esta sociedad materialista e individualista. En este sentido, también mantener la transparencia en la gestión de bienes y de las relaciones humanas. Eso nos hará más creíbles ante la sociedad y ante nosotros mismos.

C. CONCLUSIONES: PRÓXIMOS PASOS

- Desarrollar y priorizar, llevar a la práctica todo lo soñado en la Asamblea diocesana.
- Es necesario que se creen consejos pastorales y económicos en todas las parroquias, ya que son el cauce de participación, corresponsabilidad, diálogo y sinodalidad. Además, es necesario enriquecer los ya formados con laicos, mujeres y religiosos de la comunidad, que fue una de las propuestas de la Asamblea diocesana.
- Fomentar los encuentros de fieles para relacionarnos mucho más, ejercer la fraternidad, poder escucharnos y compartir experiencias. Apostar por el encuentro entre todos, la comunión, la cercanía, la familiaridad y la amistad.
- Desarrollar estructuras de discernimiento común, sobre todo en lo referente a la misión y en diálogo con el mundo, adaptadas a las situaciones y mentalidad del siglo XXI. Revisar todas nuestras prácticas y actividades para discernir si son misioneras.
- Soñar con una Diócesis en estado de misión permanente, que sea una Iglesia más pobre y fraterna, que sea un hospital de campaña, revestida de misericordia, más comprometida y testimonial, inclusiva, abierta a todos especialmente a los oprimidos y desahuciados de la sociedad.
- Soñamos con una Iglesia orante, fomentando la oración común, la Eucaristía, la participación activa en las celebraciones, más dinámicas y alegres. En la Eucaristía se produce el encuentro vivo y fraternal de hermanos.
- Promover encuentros intergeneracionales. Potenciar la pastoral juvenil y universitaria. Plantearse qué se ofrece a los jóvenes después de su confirmación.
- Saber proponer la fe a las futuras generaciones, es importante priorizar una pastoral bautismal y de iniciación; para ello se han desarrollado preciosos materiales en la Diócesis. Potenciar la evangelización “de tú a tú”, trabajando de forma personal el Primer Anuncio.
- Trabajar en un triple diálogo: con los que no están en la Iglesia y nunca han estado, con los que se marcharon, con los que están pero que no son. Participación más activa y mayor sensibilidad en las celebraciones ecuménicas, acercándonos a otras religiones.



SÍNTESIS SOBRE LA FASE DIOCESANA DEL SÍNODO SOBRE LA SINODALIDAD DE LA IGLESIA QUE PEREGRINA EN ESPAÑA

Asamblea Final Sinodal de la Conferencia Episcopal Española. Madrid, 11 de junio de 2022

I. INTRODUCCIÓN: RELECTURA DE LA EXPERIENCIA SINODAL

Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión. Este era el llamamiento del papa Francisco a toda la Iglesia universal, que hemos atendido fielmente desde la Iglesia que peregrina en España. Desde la apertura de la Asamblea sinodal en Roma, el 10 de octubre de 2021, hasta la clausura de la fase sinodal en España, el 11 de junio de 2022, todas las diócesis españolas, las congregaciones religiosas, los institutos seculares, la vida contemplativa, los movimientos apostólicos y muchas otras instituciones se han involucrado en el llamamiento del papa para impulsar un proceso de escucha y discernimiento que contribuya a promover el camino de la sinodalidad, que es –dice el papa Francisco– «el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio»⁶. En este camino compartido han participado en España 14.000 grupos sinodales que han implicado a más de 215.000 personas, en su mayor parte laicos, también consagrados, religiosos, sacerdotes y obispos. Se han involucrado las 70 diócesis, con 13.500 grupos parroquiales, numerosas congregaciones religiosas y 11 CONFER regionales, 215 monasterios de clausura, 20 Cáritas diocesanas, 37 movimientos y asociaciones laicales, 21 institutos seculares.

El Equipo sinodal designado por la Conferencia Episcopal Española recibió todas las aportaciones y, tras un ejercicio de discernimiento, ofrece la siguiente síntesis, que será remitida, junto con todas las aportaciones recibidas, a la Secretaría General para el Sínodo de la Santa Sede.

El recorrido sinodal no ha sido totalmente nuevo. La experiencia en España ha tenido como referente inmediato el Congreso de Laicos, celebrado en el mes de febrero de 2020. Aquella experiencia, que identificó en sus conclusiones cuatro itinerarios para avanzar hacia una Iglesia en salida –primer anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia en la vida pública– y dos claves transversales –sinodalidad y discernimiento–, se ha visto ahora reforzada con la participación

⁶ Discurso del papa Francisco en la Conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los obispos, 17 de octubre de 2015.

en esta escucha y discernimiento de la vida consagrada en sus diversas formas, la aportación sacerdotal y la implicación de numerosas instituciones de la Iglesia.

En algunas diócesis el camino sinodal ha convivido con otros procesos de sínodo diocesano que se estaban realizando o que habían concluido recientemente. Esto ha supuesto en algunos casos una escasa incidencia del proceso sinodal, que se ha encontrado con el cansancio del Pueblo de Dios. En otros casos, sin embargo, la integración con las asambleas diocesanas que estaban teniendo lugar ha permitido un trabajo integrado y una reflexión más fecunda.

El proceso sinodal ha ido creciendo con el paso del tiempo. Con el transcurso de las semanas se han ido incorporando nuevos grupos gracias al entusiasmo mostrado por sus dinamizadores –sobre todo los laicos, más motivados inicialmente que los sacerdotes–. Se invitó a grupos ajenos a la Iglesia y se dieron experiencias de escucha muy valiosas. Miembros de partidos políticos y de iniciativas culturales y sociales fueron escuchados y se recogió también la voz de personas que enviaron su aportación vía online. La pandemia ha resultado una circunstancia ambivalente. Por un lado, limitó la convocatoria de los grupos, el trabajo y sus reuniones, pero, al mismo tiempo, revitalizó el tejido comunitario para atender a las nuevas situaciones que se producían y el Sínodo empujó a vencer los miedos y retomar el trabajo eclesial, suponiendo en muchos casos una expresión de vuelta a la normalidad después de un tiempo de alejamiento.

Finalmente, los grupos han querido dejar patente su profundo agradecimiento por este tiempo vivido: un momento de gracia, construido desde la escucha mutua, activa y respetuosa, la apertura para hablar con franqueza, compartiendo experiencias gratificantes y con intercambios constructivos.

La participación ha sido principalmente de personas ya implicadas en la vida de la Iglesia, mayoritariamente mujeres. Ha resultado escasa la respuesta de los jóvenes y las familias y también entre los alejados y las personas no creyentes, aunque los que han participado expresaron su sorpresa por el interés de la Iglesia en saber su opinión. **Algunas experiencias han resultado especialmente significativas**, como los procesos sinodales en 19 cárceles, en las residencias de ancianos y el trabajo realizado por algunos profesores de religión, padres y alumnado de esta asignatura, especialmente en los cursos superiores de la ESO y de Bachillerato. Merece la pena destacar la participación e integración en este proceso de los inmigrantes católicos.

En relación con el trabajo realizado, ha predominado la percepción de no estar solos, de formar parte del Pueblo de Dios, compuesto por una riqueza y pluralidad de comunidades, con sus distintas sensibilidades, opiniones y preocupaciones. Se ha vivido la alegría de compartir y revitalizar la fe, la vida y la pertenencia a la Iglesia y el gozo de ser tenido en cuenta. De hecho, lo más valorado ha sido el proceso mismo: el sentirse todos comunidad, la libertad para expresarse, la posibilidad de escucha, el compartir inquietudes, deseos, dificultades, dudas... El diálogo fraterno y la reflexión compartida han hecho experimentar ilusión y esperanza, y han sido una oportunidad para dinamizar la comunidad, que expresa su deseo de seguir caminando juntos.

Respecto al impacto que ha tenido el proceso sinodal, destaca la numerosa participación de fieles en los procesos de escucha y discernimiento. Hubo también dudas en torno a la utilidad de esta fase sinodal, por dos motivos: por un lado, porque, como consecuencia de experiencias negativas anteriores, se suscitó una cierta desconfianza sobre los frutos que podrían originarse en este

trabajo sinodal; por otro lado, por la desconfianza en torno a que las aportaciones llegaran realmente a ser escuchadas, discernidas e incorporadas.

Entre las sorpresas no ha sido menor comprobar cómo, al avanzar en el camino, todo iba encontrando sentido y se fortalecía la vocación, el compromiso y la experiencia sinodal: al andar se ha hecho camino. Hemos experimentado la acción silenciosa pero real y constante del Espíritu Santo como gran animador de todo. La readaptación de etapas y de materiales según las necesidades de los grupos, la preparación de nuevos recursos para distintos colectivos eclesiales (por ejemplo, niños, adolescentes, ancianos, etc.) y para sectores más alejados o con dificultades, son también momentos especiales que hablan de un proceso vivo, dinámico y creativo. Además, con los materiales se ha querido dar respuesta a una dificultad encontrada: el desconocimiento de lo que es la sinodalidad y la complejidad de las cuestiones que se planteaban.

Destacamos algo que, en general, se ha subrayado en todas las aportaciones: que el trabajo se ha realizado en cada una de las sesiones tras la oración y la invocación al Espíritu. Esta oración comunitaria ha servido para tomar conciencia de que los cristianos iluminamos nuestra vida a través del discernimiento, en el que dejamos que el Espíritu de Jesús nos habite y nos conduzca.

Pero en la experiencia del discernimiento queda camino por recorrer. Ese ha sido uno de los déficits que se han experimentado durante la consulta. Somos conscientes de que nuestras síntesis son más un sumatorio de aportaciones, con el deseo de recoger todas las voces, que el fruto de un ejercicio de un discernimiento, tarea que, sin embargo, hemos de realizar una vez culminada la primera fase del proceso sinodal, pues así se nos pide desde la Secretaría General del Sínodo.

En cualquier caso, el sentir general que se desprende de los documentos recibidos es que el proceso sinodal ha supuesto un esfuerzo comunitario que fortalece el sentido eclesial y ha servido para iluminar tanto nuestra propia realidad, como comunidades parroquiales, grupos y movimientos. Ha abierto el apetito de crecer en sinodalidad y discernimiento.

La convocatoria del papa Francisco a participar en el Sínodo ha sido aceptada con ilusión y esperanza y se ha comprendido que el objetivo de esta fase diocesana no era responder a un cuestionario sino comenzar a incorporar la sinodalidad como parte fundamental del ser de la Iglesia y el “estilo sinodal” que se deriva de ella como el modo propio de hacer Iglesia. Adoptarlo y permear con él toda la realidad eclesial, en todos los ámbitos y en todos los aspectos, es un proceso de conversión lento, que llevará tiempo y del que sólo se está en los comienzos.

Alentados por el mismo Espíritu, este trabajo se realiza con el mismo afán de escuchar y discernir el querer de Dios para la Iglesia, aquí y ahora.

II. EL SÍNODO, TIEMPO HABITADO POR EL ESPÍRITU

Comunión, comunidad, escucha y diálogo, corresponsabilidad, formación, presencia pública, misión son palabras –todas ellas conectadas entre sí– que resuenan con fuerza en las síntesis recibidas. La comunión se vive en la comunidad, de cuya edificación y desarrollo todos somos corresponsables, bajo la acción del Espíritu Santo; una comunidad que escucha acoge, nos permite vivir, celebrar y

crecer en la fe y nos anima a comprometernos en el mundo para transformar la realidad y anunciar a Jesucristo.

A) Iglesia en camino: la voz del Espíritu dentro de la Iglesia

Como punto de partida, destacan **dos ideas fundamentales**: de un lado, avanzar en el cumplimiento de la misión de la Iglesia requiere partir de una fuerte conversión personal, comunitaria y pastoral; de otro, no podemos ser Iglesia desde la lejanía, sino que resulta imprescindible la apertura, la escucha, ir allí donde están quienes nos necesitan, como una forma de entender nuestra misión.

Desde la perspectiva de la **conversión**, somos muy conscientes del papel de la oración, los sacramentos, la activa participación en las celebraciones y la formación sobre los contenidos de nuestra fe; en definitiva, de la necesidad de vivir una espiritualidad dinámica que nos conduzca a una renovación interior y a una transformación exterior, a madurar el sentido sobrenatural de la fe para no quedarnos en lo puramente ritual. Renovar el encuentro con Jesús, el Señor, es el punto de partida de cualquier proceso de cambio para dar respuesta a las urgencias que estamos detectando. No podemos ser creíbles en el exterior si no cuidamos el interior.

Nos preocupa la secularización de los bautizados, la pérdida de la identidad cristiana de los creyentes y, por derivación, de las estructuras de las que formamos parte –instituciones y centros de la Iglesia–. Efectivamente, la conversión no puede quedarse solo en lo personal: debe afectar a la organización de nuestra Iglesia para que todas las estructuras se vuelvan más misioneras.

Juega un papel muy importante, en relación con esta cuestión, la celebración de la fe. Observamos que la **liturgia** –a pesar de su importancia como instrumento privilegiado de santificación, de conversión y de evangelización, así como de edificación de la comunidad– se vive de una forma fría, pasiva, ritualista, monótona, distante. Ello es así en gran medida por las carencias formativas sobre sus contenidos, que lleva al desconocimiento de lo que es y significa, y por la falta de participación en su desarrollo, que conduce a la indiferencia. Todo ello tiene como consecuencia la desconexión entre las celebraciones litúrgicas y nuestra vida, por lo que resulta imprescindible potenciar la formación en liturgia y promover una participación viva y fructuosa, a través de la creación de equipos de animación litúrgica. Resuena también con fuerza la necesidad de reflexionar seriamente sobre la adaptación de los lenguajes, de los ornamentos y de parte de los ritos que están más alejados del momento presente, así como de repensar el papel de la **homilía** – en tanto que parte integrante de la liturgia– como elemento fundamental para entender la celebración y para la formación de los fieles laicos. Adicionalmente, se considera que la preparación de la liturgia debe cuidarse especialmente en aquellas celebraciones a las que asisten personas que no participan activamente de la vida de la Iglesia. En definitiva, hemos de lograr que las celebraciones toquen el alma de los fieles.

Más en concreto, el Espíritu nos pide profundizar en la vida de **oración**, sin la cual no podemos vivificar a la Iglesia. Necesitamos sentirnos comunidad viva, coherente, que asume sus errores y carencias y camina hacia el futuro con la práctica de la oración y la ayuda de la gracia del Espíritu.

Desde la perspectiva de la vivencia y celebración de la fe, se valora mucho la **parroquia** como principal espacio para el ejercicio de la vida cristiana, como lugar de comunión, de cercanía, que

ayuda a superar el individualismo, a conocerse, a quererse. También, más en particular, la pertenencia a un grupo de referencia. Somos Iglesia de muchos modos y, en ocasiones, muy diversos entre sí. Pero esa pluralidad ha de ser asumida en clave de complementariedad y hemos de ser capaces de lograr la unidad sin caer en la tentación de imponer la uniformidad. Percibimos, en cierto sentido, que hemos de recuperar el valor de la comunión eclesial sobre la vivencia de lo particular o grupal, que puede llegar a ser excluyente. Aunque apreciamos la riqueza de las distintas realidades eclesiales, tenemos la sensación de que no nos conocemos y andamos divididos.

Junto con ello, los cristianos no podemos vivir como si fuéramos una realidad social ajena a este mundo. Debemos caminar junto con la sociedad actual y ello implica esforzarnos por abrirnos a todos. Una resonancia especial posee la necesidad de mostrarnos como **Iglesia que escucha y acompaña**, también que anima y llega a la vida real de las personas. Ciertamente, la palabra escucha ha sido una de las más subrayadas por los grupos sinodales.

La escucha del Espíritu es experiencia originaria y permanente. Hemos de ser capaces de construir comunidades que la pongan en práctica, acogedoras, cercanas e inclusivas, que acompañen y sepan mostrar la ternura de Dios, particularmente a aquellas personas que son excluidas o rechazadas por la sociedad. Ello permitiría ir rompiendo prejuicios y clichés contra la Iglesia, favoreciendo el diálogo con la sociedad.

Desde esta perspectiva, coincidimos en la importancia del papel de los sacerdotes en el acompañamiento espiritual y les pedimos por ello una mayor cercanía a la comunidad. Al mismo tiempo, somos conscientes de que recae sobre el resto de los miembros del Pueblo de Dios la responsabilidad fundamental de colaborar activamente en la construcción de comunidades que acojan y acompañen. En definitiva, hemos de lograr pasar de eventos pastorales a procesos de vida cristiana, sobre todo porque, en ocasiones, percibimos el agotamiento y el cansancio por no ver con claridad hacia dónde vamos; de algún modo, tenemos la sensación generalizada de que hacemos muchas cosas que no llevan a ninguna parte.

En particular, se pone de manifiesto la necesidad de que la **acogida** esté más cuidada en el caso de las personas que necesitan de un mayor acompañamiento en sus circunstancias personales por razón de su situación familiar –se muestra con fuerza la preocupación por las personas divorciadas y vueltas a casar– o de su orientación sexual. Sentimos que, como Iglesia, lejos de quedarnos en colectivos identitarios que difuminan los rostros, hemos de mirar, acoger y acompañar a cada persona en su situación concreta.

El paso de la vivencia interior de la fe a la presencia pública transformadora de la sociedad tiene como puente la **formación**. A este respecto, sin embargo, reconocemos graves carencias, particularmente en los fieles laicos, pero también en los sacerdotes.

En cuanto a los sacerdotes, se pide una formación que profundice más en la vida apostólica, en la clave de la sinodalidad y en la corresponsabilidad, con reconocimiento del papel propio de los fieles laicos, de la autoridad entendida no como poder, sino como servicio. En concreto, se insiste mucho en que la formación de nuestros seminaristas esté iluminada con estas claves.

Respecto de los laicos, se puede detectar una clara paradoja en las aportaciones. Al tiempo que se ve imprescindible potenciar procesos formativos –integrales y de carácter permanente que conduzcan a un compromiso transformador de la realidad, con una fuerte presencia de la Doctrina

Social de la Iglesia–, no se asumen como propios; no existe un compromiso firme con la formación en el caso de la inmensa mayoría de los fieles. Ello conduce a profesar una fe débil, llena de lagunas y carencias, e incapacita para dar testimonio público de ella, porque se percibe inseguridad, miedo, falta de preparación para el diálogo. A nivel más de detalle, los laicos piden a sus pastores valentía y mayor claridad en temas complejos que generan gran debate social.

Vemos claro que la formación nos tiene que llevar al compromiso y afectar a nuestra propia vida. Los documentos magisteriales son abundantes y los centros especializados de formación no faltan, pero se precisa comprender la necesidad de articular procesos formativos y de animar a comprometernos con ellos. En relación con esta cuestión, se valora muy positivamente la pertenencia a un equipo de vida como marco adecuado para la formación, entendida en sentido amplio y no como mera adquisición de saberes; un equipo que, no obstante, no esté encerrado en sí mismo, sino abierto a la comunidad, para no crear barreras ni hacer acepción de personas.

Dos de las cuestiones que más reflexiones han suscitado son la **complementariedad de las tres vocaciones**, todas llamadas a la santidad –la vocación laical, la vocación a la vida consagrada y la vocación al sacerdocio– y, en relación con ella, la **corresponsabilidad** de los fieles laicos.

Somos muy conscientes del papel imprescindible de los sacerdotes en la vivencia y celebración de la fe, singularmente en la eucaristía y el perdón, así como en la animación y edificación de la comunidad. Por eso nos duele particularmente la falta de entusiasmo de una parte muy relevante de los sacerdotes de las distintas comunidades locales y nuestra falta de eficacia como comunidad a la hora de acompañarlos en la vivencia de su vocación.

Una concreción de ello es lo que podemos llamar **clericalismo** bilateral, es decir, un exceso de protagonismo de los sacerdotes y un defecto en la responsabilidad de los laicos. Vemos que tiene una doble causa: por un lado, los sacerdotes, por inercia, desempeñan funciones que no les son propias y no impulsan la corresponsabilidad laical; por otro lado, los laicos no asumen su papel en la edificación de la comunidad, por comodidad, por inseguridad, por miedo a equivocarse o por experiencias negativas anteriores. Se entiende generalmente que “lo de dentro es cosa de curas y lo de fuera cosa de laicos” y que, desde el punto de vista institucional, la Iglesia está más organizada sobre el sacramento del orden que sobre el sacramento del bautismo –ambos recíprocamente imprescindibles–.

Se señala con insistencia la necesidad de ampliar los espacios de participación, de animar a más personas a que se comprometan en ellos, de ayudar a los bautizados a descubrir que son Iglesia y que, como tales, todo lo que le afecta les concierne. En este sentido, el apostolado asociado se ve y valora como un medio eficaz para descubrir y vivir la corresponsabilidad en la vida y misión de la Iglesia.

Derivado de lo anterior, el **autoritarismo** en la Iglesia (autoridad entendida como poder y no como servicio), con sus correspondientes consecuencias –clericalismo, poca participación en la toma de decisiones, desapego de los fieles laicos– es una de las principales críticas que aparece en las aportaciones de los grupos sinodales. El papel de los laicos y de la vida consagrada en el momento presente es imprescindible e insustituible, y hemos de ser capaces de encontrar el modo y los espacios para que puedan desarrollarlo en toda su plenitud.

Valoramos mucho a nuestros hermanos consagrados, si bien somos conscientes de que no les tenemos tan presentes como deberíamos. Por ello, resulta importante **cuidar las mutuas relaciones con los miembros de la vida consagrada**, que vemos como un carisma de la Iglesia, que se vive en la Iglesia y el Espíritu lo da al servicio de la Iglesia y de toda la humanidad. En particular, valoramos muy positivamente que la vida contemplativa también ha vivido este proceso sinodal desde la oración, la lectio divina y el discernimiento comunitario tan propio de los monasterios.

B) Iglesia en salida: diálogo con el mundo

No somos Iglesia para nosotros mismos, sino para los demás. Desde esta perspectiva, se insiste claramente en la necesidad de abandonar la visión de una Iglesia de mantenimiento para avanzar hacia una auténtica Iglesia en salida, aunque suponga asumir algunos riesgos. Transformar la pastoral de conservación en una pastoral de conversión y de evangelización constituye una exigencia ineludible en la actualidad. En coherencia con ello, consideramos que la comunión ha de conducirnos a un estado permanente de **misión**: encontrarnos, escucharnos, dialogar, reflexionar, discernir juntos son acciones con efectos positivos en sí mismas, pero no se entienden si no es con el fin de impulsarnos a salir de nosotros y de nuestras comunidades de referencia para la realización de la misión que tenemos encomendada como Iglesia.

Se percibe, sin embargo, una clara **fractura entre Iglesia y sociedad**. Aquélla es vista como una institución reaccionaria y poco propositiva, alejada del mundo de hoy. En parte, consideramos que la responsabilidad es nuestra, porque no sabemos comunicar bien todo lo que somos y hacemos. Esta imagen de la Iglesia nos duele – porque la amamos– y, en cierto sentido, la sensación de que no llegamos a la sociedad y de que los prejuicios contra la Iglesia son insalvables nos conduce a un profundo desánimo que dificulta la presencia evangelizadora y transformadora de la realidad.

Creemos que la Iglesia, de la que nos sentimos miembros, debe acercarse a los hombres y mujeres de hoy, sin renunciar a su naturaleza ni a la fidelidad al Evangelio, estableciendo un diálogo con otros actores sociales, con el fin de mostrar su rostro misericordioso y contribuir a la realización del bien común. Somos Iglesia viva y alegre al servicio de la misión, pero hemos de manifestarlo a todos. Al mismo tiempo, esa presencia en la realidad puede ayudarnos a escuchar la voz de Dios en la vida social para atender mejor los desafíos que nos plantea. En definitiva, la Iglesia sigue estando llamada a hacerse presente en la Historia.

Sin embargo, falta espíritu evangelizador en nuestras comunidades, más centradas en sí mismas que en abrirse a todas las personas que habitan el territorio en el que se ubican. En particular, aunque los laicos son conscientes de estar llamados a hacerse presentes en la vida pública, cuesta atender esa tarea, en parte porque no sienten el apoyo y el acompañamiento de la comunidad. Se anhelan líderes cristianos en los diferentes ámbitos de la vida pública –política, economía, educación, cultura...– y se ve imprescindible impulsar procesos de formación de estos laicos cristianos que viven la caridad política, así como de acompañamiento en el desarrollo de sus tareas.

En cuanto a la **Iglesia como institución social**, vemos imprescindible su participación en la vida comunitaria, pero consideramos que hemos de ser capaces de impulsar una Iglesia que se preocupe

más de abrir procesos movida por el Espíritu que de ocupar espacios. Más allá de la corresponsabilidad y de la participación en la misión de la Iglesia, se insiste particularmente en tres extremos relativos a su organización: la necesidad de una mayor profesionalización en los asuntos de gobierno (esto es, de contar con expertos para la toma de decisiones en los distintos sectores en los que estamos presentes); la conveniencia de extender la transparencia a otros ámbitos diferentes del meramente económico –respecto del cual se valora muy positivamente en términos generales–, para explicar cómo contribuimos al bien común; y la urgencia de una mayor presencia en los medios de comunicación generalistas, tanto en los tradicionales como en los nuevos espacios virtuales, unida a un mejor aprovechamiento de los medios propios. En particular, se valora mucho la acción de Cáritas como canalizadora de la acción caritativo-social de la Iglesia.

III. TEMAS QUE HAN TENIDO UNA FUERTE RESONANCIA EN EL PROCESO SINODAL

Las cuestiones anteriormente destacadas –referidas al interior de la Iglesia y a su papel en la sociedad– están omnipresentes en las aportaciones de los grupos sinodales. Junto con ellas, han resonado con fuerza algunos temas específicos que conviene destacar y sobre los que resulta necesario un mayor ejercicio de discernimiento. Son los siguientes:

- En primer lugar, sin duda alguna, la referencia al **papel de la mujer en la Iglesia** como inquietud, necesidad y oportunidad. Se aprecia su importancia en la construcción y mantenimiento de nuestras comunidades y se ve imprescindible su presencia en los órganos de responsabilidad y decisión de la Iglesia.
- Es patente la preocupación por la escasa presencia y participación de los **jóvenes** en la vida y misión de la Iglesia.
- La **familia** se ve como ámbito prioritario de evangelización.
- Ha tenido un eco importante el tema de los **abusos sexuales, de poder y de conciencia** en la Iglesia, evidenciando la necesidad de perdón, acompañamiento y reparación.
- Mayoritario ha sido el sentir acerca de la necesidad de institucionalizar y potenciar los **ministerios laicales**.
- Atención específica merece el tema del **diálogo** con las demás confesiones cristianas y con otras religiones. Reconocemos que tenemos escasa experiencia ecuménica en nuestras comunidades, al tiempo que comprendemos la necesidad de establecer este diálogo allí donde no existe y, en su caso, de potenciarlo, con espacios e iniciativas compartidas que lleguen a todos los miembros de las comunidades.

Por último, destacamos algunas **otras cuestiones relevantes** que han surgido en diálogo sinodal, si bien con menor presencia:

- La necesidad de potenciar una presencia cualificada de la Iglesia en el mundo rural.
- La religiosidad popular como cauce de evangelización en un mundo secularizado.
- La necesidad de fomentar la pastoral de los mayores.
- La conveniencia de incrementar la atención de determinados colectivos tales como presos, enfermos o inmigrantes.

Junto con todo lo anterior, aunque se trata de cuestiones suscitadas solo en algunas diócesis y, en ellas, por un número reducido de grupos o personas, vemos conveniente incorporar a esta síntesis, por su relevancia en el imprescindible diálogo eclesial y con nuestros conciudadanos, la petición que formulan acerca de la necesidad de discernir con mayor profundidad la cuestión relativa al celibato opcional en el caso de los presbíteros y a la ordenación de casados; en menor medida, ha surgido igualmente el tema de la ordenación de las mujeres. En cualquier caso, en relación con estos temas, se detecta una clara petición de que, como Iglesia, dialoguemos sobre ellos con el fin de permitir conocer mejor el Magisterio respecto de los mismos⁷ y poder ofrecer una propuesta profética a nuestra sociedad.

Por último, debemos destacar, como particularidad de la Iglesia que peregrina en España, la fuerte resonancia en las síntesis diocesanas del proceso abierto con motivo del Congreso de Laicos celebrado en Madrid en febrero de 2020. Se percibe con nitidez que ese proceso ha sido precursor de este camino sinodal y que es asimismo la manera natural de darle continuidad.

IV. LA FUERZA DE LA SINODALIDAD Y LA CLAVE DEL DISCERNIMIENTO

Quienes nos hemos implicado en este proceso hemos experimentado con fuerza que la sinodalidad es el camino para seguir haciendo Iglesia; una Iglesia no autorreferencial, sino abierta y cercana a todos los hombres y mujeres de hoy y, por ello, queremos seguir en esta senda.

Nos hemos sabido escuchados, hemos sido libres al hablar, hemos experimentado esperanza, alegría, ilusión, coraje para cumplir nuestra misión, con un fuerte sentimiento comunitario de seguir en camino y de hacerlo juntos. Sentimos un profundo agradecimiento por haber podido ser protagonistas del proceso. Junto con ello, realmente vemos en él algo nuevo, que nos abre horizontes hasta ahora poco explorados. En un momento en el que resulta patente que las cosas no pueden seguir igual y urge dar respuesta a desafíos ineludibles, percibimos que estamos asentando las bases para un nuevo modo de trabajar y de ser Iglesia y ello nos ilusiona y anima.

La participación nos ayuda a renovar nuestro sentido de pertenencia a la Iglesia y fortalece la comunión (encontrarnos, rezar juntos, escucharnos, dialogar, nos hace crecer como comunidad); reflexionar y discernir unidos sobre cómo hemos de ser Iglesia en el momento presente nos lleva a volver a la esencia de la razón de nuestra existencia y misión: anunciar a Jesucristo. En definitiva, nos hace más auténticos, nos configura como discípulos-misioneros.

No obstante, esta certeza en la necesidad de seguir avanzando en la vía de la sinodalidad y (re)descubriendo lo que significa no impide que encontremos dificultades y se manifiesten dudas e incertidumbres. El ejercicio de escucha sin filtros que hemos tratado de hacer no ha estado exento de esfuerzo; además, no son pocos quienes se preguntan si realmente servirá para algo este proceso de escucha, sobre todo relacionándolo con experiencias anteriores –sínodos y asambleas diocesanas celebrados en algún momento más o menos reciente, que han generado frustración por quedar sin aplicaciones prácticas–. De algún modo, la voluntad de seguir avanzando se condiciona

⁷ Cf. Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Querida Amazonia*, 87-88 y 99-105.

a que existan signos concretos que continúen motivando una mayor implicación y generando ilusión. Nos sabemos escuchados, pero no protagonistas de la vida y misión de la Iglesia.

También se considera, desde otra perspectiva, que hemos de ser capaces de no sobrecargar la experiencia sinodal. No podemos desconocer que existen muchos espacios sinodales; por ello, hemos de comenzar a llenarlos de contenido auténticamente sinodal para favorecer la participación y la toma de decisiones, sin perjuicio de que, allí donde se vea necesario, se abran nuevos caminos, siempre desde el discernimiento. A este respecto resuena con especial fuerza la idea de dar el paso de la consulta a la codecisión: que los órganos existentes no se limiten a ser instrumentos consultivos, sino que en ellos se adopten decisiones con madurez, honestidad y como fruto de un ejercicio de corresponsabilidad guiado por el discernimiento. También hemos de destacar la insistencia acerca de la conveniencia de una mayor apertura del proceso de nombramiento de obispos y párrocos a la participación de la comunidad.

La sinodalidad, no obstante, se percibe como inseparable del **discernimiento**, otro de los extremos que resuena con fuerza en las síntesis diocesanas y que constituye el objetivo del proceso sinodal. El discernimiento se ve como un complemento necesario de la sinodalidad y un instrumento eficaz para evitar el clericalismo. Más en concreto, algunos grupos destacan que los cauces para el discernimiento son, entre otros, los espacios sinodales ya existentes, tales como los consejos parroquiales y diocesanos y las comunidades de referencia donde se comparte la vida y la misión.

Aunque no tenemos experiencia suficiente de qué es el discernimiento y cómo podemos llevarlo a cabo en nuestras comunidades, comprendemos que es camino seguro para abrirnos al Espíritu e ir identificando los pasos que hemos de dar. Efectivamente, constatamos que no estamos todavía preparados para esta actitud interior y por eso necesitamos educarnos para un discernimiento personal y comunitario. Esto exige descubrir el plan y la voluntad de Dios para cada persona, estar atentos a las llamadas y retos de la Iglesia y del mundo aquí y ahora, mediante la escucha de la Palabra de Dios en un clima de oración. Y, sobre todo, entenderlo no como una acción de mera invocación del Espíritu, sino como una actitud sincera de escucha a su voz. El discernimiento es una clave verdadera para realizar la necesaria conversión en la Iglesia y para transformarnos en discípulos misioneros.

Se trata en definitiva de reconocer el paso de Dios por nuestra vida, de *interpretar* las llamadas del Espíritu y de *elegir* los caminos que el Señor nos señala para una conversión pastoral y misionera.

V. UNA MIRADA ESPERANZADA

En este tiempo de Gracia, todos cuantos hemos participado en el proceso sinodal hemos expresado nuestros sueños, deseos y compromisos con una Iglesia que sea más familia, más cercana a los necesitados, más valiente para afrontar los problemas del mundo de hoy y en la que sus miembros, apoyados en la Palabra, mostremos a todos la alegría y la belleza de seguir a Jesús.

A la luz del trabajo sinodal realizado en toda la Iglesia en España, sentimos con fuerza la llamada a caminar juntos y a renovar e incrementar nuestro modo de participar en la Iglesia, desde la hondura de su misterio, en los dos aspectos que la definen: la comunión y la misión.

Esta llamada implica **tres urgencias** que abordar, claramente entrelazadas: crecer en sinodalidad, promover la participación de los laicos y superar el clericalismo.

1.- Crecer en sinodalidad. La Iglesia está llamada a una permanente conversión en el modo de ser y de hacer. Este estilo y espiritualidad –la sinodalidad– no cambia su identidad ni su misión, que provienen del Señor, pero invita a todos a un renovar su modo de comprometerse en el servicio eclesial y de participar en la vida de la Iglesia. Muchos grupos manifiestan su deseo de continuar trabajando con este espíritu sinodal en sus comunidades y que este mismo espíritu guíe la vida diocesana y la de toda la Iglesia.

Este deseo de cambio exige, por tanto, una formación explícita en sinodalidad, con todo lo que implica de capacidad de acogida, de procesos de escucha activa y respetuosa, de comprensión, de acompañamiento a los demás y de discernimiento. Se trata de dar cabida, con paciencia y humildad, a las preguntas y cuestiones que otros quieran formular con el fin de conocer, a partir de la escucha abierta a las aportaciones de todos, el plan de Dios para este tiempo y para este lugar.

Implica asumir la diversidad en las comunidades en clave de complementariedad y tener estructuras eclesiales auténticamente sinodales. Supone dar un mayor protagonismo a quienes forman parte de ellas, desde la complementariedad de las vocaciones, también en cuanto a la toma de decisiones.

Una propuesta concreta para seguir experimentando la sinodalidad sería la realización de consultas anuales, parroquiales o diocesanas, para dar la oportunidad de expresarse y contribuir en los planes pastorales que se van a llevar a cabo. Se trata de promover otras estructuras de participación que corresponsabilicen al Pueblo de Dios en la acción evangelizadora y caritativa de la Iglesia. Entre los sacerdotes sería oportuno promover e impulsar el trabajo en los arciprestazgos y en el consejo del presbiterio, como órgano colegiado en orden a desarrollar procesos de discernimiento concernientes a la vida pastoral de la diócesis.

2.- Promover la participación de los laicos. Se ha sentido especialmente la necesidad de subrayar la plena responsabilidad de los laicos en la vida y la misión de la Iglesia. En el interior de la Iglesia, en orden a la comunión, es preciso una mayor presencia en los ámbitos de decisión que permita incrementar la corresponsabilidad y ofrecer un mejor servicio al Pueblo de Dios. Sería oportuno, a partir de una reflexión eclesial y canónica, definir los asuntos respecto de los cuales la participación de los cristianos laicos tuviera carácter decisorio, especialmente en aquellos campos que son más propios de su vocación en el mundo.

En particular, es preciso repensar el papel de las mujeres en la Iglesia, con un mayor protagonismo y responsabilidad; sencillamente, están desempeñando un papel fundamental en el día a día de la comunidad eclesial y deben poder asumirlo igualmente en los lugares y espacios en los que se toman las decisiones.

Al mismo tiempo, en orden a la misión, resulta imprescindible potenciar la presencia acompañada de los laicos en el entramado social: asociaciones de vecinos, sindicatos, partidos políticos, economía, ciencia, política, trabajo, medios de comunicación, entre otros. Conviene superar un estilo de vivir la fe “hacia dentro”, que se reduce a la práctica de los sacramentos y no sale al encuentro de las personas en la vida social y hasta las periferias. Conscientes del valor que tiene caminar junto a personas no creyentes y alejadas, es preciso trazar un itinerario de encuentro que

comience con la escucha, con la necesidad de sanar heridas y con la apertura a horizontes de colaboración y que, al mismo tiempo, sea plan de acogida en las parroquias para los que lleguen por primera vez.

3.- Superar el clericalismo. La promoción del laicado implica y exige la superación del clericalismo como una inercia de tiempos pasados, en los que todas las responsabilidades recaían en la figura del sacerdote. Esa superación implica también vencer la pasividad y la falta de implicación de muchos fieles laicos en la edificación de la Iglesia. El ámbito propio de los sacerdotes es el de la caridad pastoral que le encomienda encabezar, acompañar, proteger y sanar al Pueblo de Dios para que sea fiel a la comunión y misión que le constituyen. Algunos laicos, por su misión eclesial, participan de esa dimensión pastoral y colaboran con ella en la catequesis, la visita a enfermos o presos, la enseñanza, etc. En cualquier caso, fuera de esa labor pastoral, la misión de los pastores no se extiende a las decisiones en aquellos ámbitos que superan su preparación y su ministerio, respecto de los cuales se hace imprescindible contar con el asesoramiento de laicos expertos y trabajar con ellos sinodalmente. También lo es tener muy presente la vida consagrada y su esencia profética, voz humilde que acerca las periferias.

A partir de estas urgencias, la Iglesia se ofrece a la sociedad a la que sirve, de manera especial a aquellas personas que se sienten en las periferias por su origen étnico, por su situación familiar o económica o por su orientación sexual. Todas y cada una de ellas, sean cuales sean sus circunstancias, tienen un sitio en la Iglesia y es preciso ofrecerlo con claridad, sin exclusiones, para acompañar cada situación desde el amor fraterno hasta la verdad y la promoción personal. Esto nos exige a todos una apertura de corazón a la comprensión del plan de Dios para cada persona.

Un servicio más verdadero y profundo a la sociedad implica necesariamente la formación de todo el Pueblo de Dios y la celebración del misterio cristiano que alimenta y vivifica la fe de los creyentes. Por ello, estos **dos aspectos necesitan de especial cuidado.**

En relación con la **formación**, se hace precisa una formación integral que atienda a la dimensión personal, espiritual, teológica, social y práctica. Para ello, es imprescindible una comunidad de referencia, porque hay un principio del “caminar juntos” que es el de la formación del corazón, que trasciende los saberes concretos y abarca la vida entera. Es necesario incorporar a la vida cristiana la formación continua y permanente para poner en práctica la sinodalidad, madurar y crecer en la fe, participar en la vida pública, acrecentar el amor y la participación de los fieles en la eucaristía, asumir ministerios estables, ejercer una corresponsabilidad real en el gobierno de la Iglesia, dialogar con las otras Iglesias y con la sociedad para acercarse fraternalmente a los alejados.

Esa formación puede estar orientada por un plan diocesano de formación del laicado, con especial incidencia en la Doctrina Social de la Iglesia y que forme acompañantes cristianos para las comunidades. La formación online puede ser un cauce oportuno a tal fin.

Con relación a la **celebración**, conviene una preparación esmerada, realizada por equipos de liturgia presentes en cada parroquia. La eucaristía, que finaliza con el envío a la sociedad, por su valor mistagógico, nos introduce en la comunión profunda con Dios y con los hermanos, por la alegría y esperanza que se transmiten, especialmente cuando participan los niños y los jóvenes. Urge renovar nuestras celebraciones, revisando y mejorando los gestos y el lenguaje y la comprensión de las homilias, haciéndolas más participativas y comunitarias.

Por último, planteamos una serie de **propuestas** diferenciadas en función del nivel de actuación.

1.- Propuestas a nivel parroquial

- Promover una nueva forma de estar en el territorio. El mapa parroquial actual muestra una realidad que corresponde al pasado porque en muchos lugares la parroquia ya no es una realidad pastoral viva, sino un territorio de misión. En la España rural hay que organizar una nueva forma de presencia de la Iglesia con sinergias en la vida parroquial y un mayor compromiso de los fieles laicos.
- Poner en marcha, allí donde no existen, los consejos parroquiales y de asuntos económicos o, en su caso, renovarlos, haciendo de ellos verdaderos espacios sinodales. Conviene también considerar sobre qué temas los consejos parroquiales o de economía pueden ser deliberativos, con la participación de los laicos. Ambos consejos se consideran instrumentos fundamentales de sinodalidad.
- Favorecer los pequeños grupos de fe que se alimentan a diario de la Palabra y que juntos profundizan en su vivencia cristiana. Han de cuidarse y alimentarse, ya que constituyen un fermento que hará crecer la semilla de la fe.

2.- Propuestas a nivel diocesano

- Dar mayor protagonismo a los movimientos eclesiales, las cofradías y hermandades, y a la vida consagrada y monástica en la elaboración de los planes diocesanos. Su aportación puede contribuir a la renovación de la Iglesia, sobre todo a través de los consejos diocesanos de pastoral.
- Desarrollar y aumentar el número de ministerios formalmente reconocidos para los laicos: ministros de liturgia, de la Palabra, de Caritas, de visitadores, de catequistas.
- Priorizar el trabajo en red de todas las realidades que existen en las diócesis.

3.- Propuestas a nivel de Iglesia universal

- Ayudar a redescubrir la vocación bautismal, la común pertenencia al Pueblo de Dios, buscando espacios de comunión y de trabajo en equipo, así como la implicación en un proyecto de anuncio de Jesús en este mundo y en este tiempo.
- Estar cada vez más presente como voz profética en todas las dificultades, conflictos y desafíos del mundo de hoy.

Nuestro proceso no concluye aquí. Las urgencias, aspectos que precisan de un especial cuidado y propuestas concretas que se recogen en esta síntesis, junto con todas las aportaciones que han surgido de los grupos sinodales, necesitan de un mayor discernimiento en nuestras diferentes comunidades. Concluida la fase diocesana del Sínodo, es momento propicio para llevarlo a cabo, dando así continuidad a nuestra experiencia sinodal, al tiempo que se desarrolla la fase continental.

La Iglesia que peregrina en España se muestra agradecida al papa Francisco por impulsar este proceso sinodal. A pesar de sus dificultades, ha abierto caminos de esperanza. Una esperanza que se asienta en la fidelidad de Dios, que cumple siempre sus promesas.

APÉNDICE

La Asamblea Sinodal de la Iglesia en España se reunió en Madrid el día 11 de junio de 2022. Los participantes, llegados de todas las diócesis españolas, laicos, consagrados, sacerdotes y obispos, conocieron entonces la síntesis presentada. Después de un tiempo de discernimiento personal y grupal ofrecieron los siguientes subrayados y señalaron algunas lagunas que encontraron en la síntesis que se presentó inicialmente.

Los subrayados quedaron formulados en un decálogo:

1. Conversión personal
2. Formación
3. Liturgia
4. Sinodalidad
5. Papel de la mujer en la Iglesia
6. Clericalismo bilateral
7. Acogida
8. Discernimiento
9. Pastoral familiar y jóvenes
10. Continuidad del proceso

Entre las lagunas señalaron:

1. La ausencia en el documento de una presencia destacada en la misión de la Iglesia de los niños y las personas con discapacidad.
2. Se señaló también la necesidad de una mirada a la pastoral vocacional y una presencia en el texto del diaconado permanente.
3. Se indicó también la centralidad de la Palabra de Dios, como base del necesario primer anuncio en nuestro tiempo. A partir de la comprensión de este anuncio que transforma la vida comienza la misión de todo bautizado, que implica comunicar por todos los medios, la buena noticia de la salvación.

